

La máquina óptica. Antropología del fantasma y (extra) ontología de la imaginación

GERMÁN OSVALDO PRÓSPERI (2019).

Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, 616 páginas.



Esteban Miguel Rosenzweig

Universidad Nacional de La Plata, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

En *La máquina óptica. Antropología del fantasma y (extra)ontología de la imaginación*, Germán Osvaldo Prósperi nos invita a reflexionar sobre los dos regímenes visuales que han proporcionado fundamento a la filosofía occidental.

Rectificando audazmente la célebre tesis foucaultiana sobre la muerte del Hombre, Prósperi avanza un paso más y propone su propia formulación:

Dice Foucault: el hombre, a partir de Nietzsche, de Hölderlin, de Mallarmé, ha muerto. Decimos nosotros: el hombre ha nacido muerto. A diferencia de la tesis foucaultiana, su fecha de nacimiento no es reciente, sino simultánea a la historia de la metafísica y a la máquina óptica *./..*/ afirmar que el hombre ha nacido muerto significa afirmar que siempre ha sido el efecto tridimensional generado por un dispositivo óptico. (Prósperi, 2019:60)

Volver evidente el nacimiento de ese Hombre muerto, primero como ícono, después como fantasma, es el núcleo más profundo contenido en las páginas de *La máquina óptica*.

Si en *Vientres que hablan* (2015), Prósperi presentaba desde un nuevo enfoque la idea de un antropomorfismo configurado bajo la tensión de dos voces, mitos y logos, como una danza de fuerzas encontradas, centrípeta y centrífuga en su configuración de lo humano, en *La máquina óptica*, esas voces adquieren espesor, convirtiéndose en los focos (ojo del cuerpo y ojo del alma) desde los cuales la metafísica occidental ha proyectado sus imágenes de lo Humano. Aunque la máquina óptica también posee una estructura bipolar, lo interesante sucede en el centro o, mejor aún, en la articulación y desarticulación de sus polos. Precisamente allí se ubica el lugar donde la máquina produce las imágenes de lo humano. Sus polos ya no deben pensarse en clave fonética (mitos y logos), sino más bien como la tensión entre cuerpo y alma

y, más allá, entre la figura icónica de la imagen y su reverso, el fantasma.

Con una extensión que supera las seiscientas páginas, dividida su vez en cuatro secciones, una introducción y un apéndice general, *La máquina óptica* provocativamente nos invita a pensar la idea de una imagen tridimensional surgida a partir de la articulación de dos imágenes planas. La imagen que constituye el eje del texto es producida por el “quiasma óptico”, cuya articulación se completa en la imaginación. Precisamente porque en la imaginación la filosofía occidental ha logrado articular lo sensible y lo inteligible, la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma, proporcionando en cada época, o en cada momento, una imagen del Hombre. Ese ha sido el resultado producido por la máquina óptica en su funcionamiento icónico.

1. La primera sección describe metodológicamente el funcionamiento de la máquina óptica. Para ello el autor retoma los conceptos de “máquina antropológica” de Furio Jesi, conjuntamente con la respectiva “bipolaridad” enfatizada por Giorgio Agamben. A esa idea de bipolaridad, identificada en el texto de Prósperi con el “ojo del alma” y el “ojo del cuerpo”, deben agregarse las nociones constitutivas de “estereoscopio”, “diplopía” y “quiasma óptico”. No obstante, debe destacarse debido a su importancia, la noción de “quiasma óptico”. No sólo porque permite concebir y conjugar al mismo tiempo los dos registros fundamentales de la metafísica occidental, sino además, porque establece las dos maneras de pensar la imagen. Por una parte como ícono, esto es, una imagen cuya presencia revela la existencia de un modelo; la otra, como fantasma, una imagen sin modelo, efecto inocuo de este dispositivo óptico, subsistiendo en los contornos de una figura sin espesor.

2. La segunda sección, designada «Arqueología(s) de la(s) mirada(s)» muestra el funcionamiento de la máquina óptica en algunos de los exponentes más influyentes de la metafísica occidental. Comenzando con las obras de Platón y Aristóteles, hasta alcanzar los desarrollos más avanzados de Agustín y Descartes, el

audaz recorrido de esta sección propone pensar el problema de la imagen y de la imaginación en un conjunto de filosofías eminentemente dualistas. Si en lugar de pensar la conjunción o, mejor aún, la articulación de los dos regímenes ontológicos de la filosofía occidental se pensara su separación, ¿qué sucedería?

3. «Antropología teológica de la imagen» es el nombre de la tercera sección. Partiendo del Antiguo Testamento y centrándose en la antropología de la *Imago Dei*, Prósperi muestra detalladamente las diversas modalidades de la máquina icónica. Si bien en su generalidad la metafísica ha sido claramente dualista, no ha podido pensar, al mismo tiempo, la imagen como nexa entre la forma icónica y la fantasmática, así como tampoco la imaginación como el nexa entre las dos clases de imágenes. La imagen como ícono está en lugar de lo que representa; es la copia de un modelo sin el cual se desvanece todo su sentido. La figura de Cristo, la imagen consubstancial del Dios Padre, aparece entonces como el ícono del dios invisible. La imagen funciona allí en el registro de la unión, de un nexa cuya articulación puede combinar la esfera divina con la humana. La imagen icónica, en su carácter de tercer término, es funcional al sistema dicotómico o polar de la metafísica occidental. Lo interesante, para Prósperi, es pensar en cambio la imagen no ya como nexa de articulación entre dos registros polares y opuestos, sino precisamente como su instancia de desarticulación. Cuando se desacoplan los registros dicotómicos de la metafísica occidental, cuando desaparece la imagen como ícono, básicamente a partir de Nietzsche, la máquina óptica renueva su apuesta y produce como resultado el fantasma, convirtiéndose así de máquina icónica en máquina fantasmática; dejando a un lado el dominio del ser, la imagen, ya sin fundamento, se convierte en una ventana hacia la región del extra-ser. Muerto Dios, el Hombre considerado *imago Dei* por toda la tradición teológica bíblica, se transforma simplemente en *imago*. Pero una imagen cuyo fundamento no supone un arquetipo, como en el caso del ícono, sino simplemente una imagen. Sin soporte ni esencia, el Hombre, simplemente como imagen deberá identificarse con el fantasma. La muerte de Dios, y correlativamente a ella la del hombre-ícono, marca el nacimiento de una imagen no humana: la imagen de un ser sin espesor, carente de rostro y de semejanza; ella es la imagen subsistente del fantasma. Por eso mismo Prósperi puede afirmar que el Hombre, o mejor aún lo humano, como resultado, o como última proyección de la máquina óptica, en tanto fantasma, no existe. Esto es así porque no forma parte de los dominios que la metafísica occidental ha reconocido y de los cuales ha predicado la existencia.

4. La última sección, titulada «Ontología de la imaginación», muestra la necesidad de abordar la cuestión de la imaginación desde un punto de vista ontológico. Transportándonos a través del pensamiento de William Blake, Henri Bergson y Maurice Merleau-Ponty, incluso llevándonos más allá de lo pensable junto a Gilbert Simondon, Gilles Deleuze y Michel Foucault, Prósperi vuelve evidente el modo en que el sujeto humano ha sido el resultado o el efecto imaginario producido por la máquina óptica.

Si es verdad, como se ha indicado, que el Hombre ha nacido muerto, si además, una vez disuelto el sentido del hombre como ícono, la máquina ya no articula un polo trascendente y otro inmanente ¿qué sucede con su funcionamiento? ¿Acaso se detiene? Lejos de proponer una respuesta simple, Prósperi, en consonancia con cierto pensamiento deleuziano apuesta a que la máquina óptica se vuelve inmanente. El polo correspondiente al “ojo del alma” pasa a convertirse en el “ojo del lenguaje”. Articulando ahora cuerpos y signos, superpone en un mismo registro figura real y holograma virtual. El fantasma, entonces, no coincidente con ninguno de los dominios de la metafísica occidental puede subsistir sobre la superficie del «extra-ser». El Hombre, ya como fantasma, en lugar de existir en el ser, subsiste o insiste en su límite. Precisamente donde el ser abandona la existencia o, mejor aún, donde los límites, en su disolución permanente se vuelven superficie de contacto entre los dos regímenes del Ser, emerge toda la fuerza creativa de la imaginación configurando la superficie metafísica de los acontecimientos. Abriéndose de este modo un pasaje decisivo hacia la ontología de lo neutro, la máquina óptica proyecta la “frontera que pone en contacto las dos caras del Ser, pero no a las caras en sí mismas.” (Prósperi, 2019:509).

Cabe agregar que la gran apuesta de *La máquina óptica. Antropología del fantasma y (extra)ontología de la imaginación* es, por último, la configuración de una ontología de lo neutro o, con mayor rigor, de una ontología atenta al juego entre lo neutro y la bipolaridad metafísica. Si el reino de la existencia contenía un mundo actual, en contraste con uno ideal, el reino de la subsistencia debe expresar la separación entre actual e ideal a través del mundo imaginal. En el mismo sentido, si al mundo sensible le corresponde el inteligible; al cuerpo, el alma; a las cosas, las ideas y a la materia, el espíritu, dentro del espacio de lo neutro, del “ni uno ni otro”, es decir del extra-ser, emerge en correspondencia a cada par de opuestos la figura fantasmática del Hombre, la imaginación, las imágenes y el quiasmo.

Con esta obra imprescindible de Germán Osvaldo Prósperi asistimos a la consumación definitiva de una tradición filosófica argentina, cuya denominación bien podría coincidir con una filosofía ficcional. Lo “ficcional”, en este caso, adviene luego de la muerte de Dios. Una vez muerta la verdad, una vez que ya no puede explicarse qué es el hombre, una vez que lo Humano se ha presentado como un hueco vacío, como un hiato sin espesor, sólo queda la voz (*Vientres que hablan*), la imagen y, en el límite opaco, la silueta del fantasma (*La máquina óptica*).

Luego de que la filosofía presentara lo humano como una incesante sucesión de máscaras, después incluso de aquella otra que lo asemejara a la interpretación y al teatro, sólo parecen escucharse las reverberaciones de las voces, que como ecos, finalizada la función, se desvanecen sobre las paredes del tiempo. Más allá, tal vez puedan observarse las figuras espectrales de los fantasmas, que nos recuerdan en todo momento lo que el hombre ha sido desde el comienzo de los tiempos: una imagen, sólo eso; sólo el efecto producido por la máquina óptica en su funcionamiento.